

El fin de la pobreza. Cómo conseguirlo en nuestro tiempo.

Autor: Jeffrey Sachs

Prólogo de Bono.

Traducción de Ricardo García Pérez y Ricard Martínez Muntada

Debate, Buenos Aires, 2006. 552 páginas.

ISBN 987-1117-16-7

El autor de este libro se inscribe dentro de la cada vez más amplia hilera de economistas que, habiendo logrado reconocimiento como miembros dilectos del sistema económico mundial, deciden denunciar sus miserias, aunque no al límite de dejar de cobrar ingentes sumas por sus conferencias plagadas de críticas hacia lo injusto del sistema.

Este trabajo sigue esa línea. Quizás lo más interesante del libro se encuentre en su título que invita a pensar en que realmente la pobreza es mucho más una realidad creada por el hombre que un designio de la naturaleza.

Ya en su capítulo inicial invita a congratularse de la realidad de las mujeres de Bangladesh que -según el texto- "hablaban de las horas de ardua labor, de la falta de derechos laborales y del acoso", ya que ahora ellas han podido iniciar su camino hacia el final de la marginación y la pobreza.

Esa idea será llevada a un punto álgido algo después cuando, al hablar de aquellos que viven en la mayor de las pobrezas, afirma que "se enfrentan a desafíos casi desconocidos en el mundo rico actual" entre los cuales menciona la malaria, sequías a gran escala y la falta de electricidad, afirmando a renglón seguido que se trata de "desafíos que en un primer momento provocan angustia, pero que, pensándolo mejor, resultan alentadores, precisamente porque se prestan a soluciones prácticas". Me cuesta imaginar que la pobreza extrema pueda resultar un desafío alentador para quienes la sufren.

Ya en el segundo capítulo Sachs demuestra mediante gráficos que la vergonzosa brecha entre los países ricos y pobres tiene como origen la enorme expansión de la economía mundial que tiene lugar a partir de 1820, es decir a partir de la revolución industrial y de la acumulación de capitales en manos de grupos cada vez más reducidos, idea que se encuentra en el corazón del capitalismo, una ideología disfrazada de realidad inevitable en los más altos círculos decisorios de la economía mundial actual.

Recuerda luego que la ruptura generada a partir de entonces en un mundo rico y otro pobre "fue muy dura debido a que la gran diferencia de riqueza

significaba también una gran diferencia de poder, y este poder podría usarse para la explotación". Extraña forma de utilizar un verbo en modo potencial.

Reconoce luego que la transmisión de la tecnología y de las "ideas subyacentes" son las razones fundamentales de los avances en la prosperidad que se suceden desde entonces. La conquista y la imposición de modelos por la fuerza se han visto acompañadas de la llegada a las sociedades aplastadas de las ideas filosóficas, económicas y de los progresos científicos y tecnológicos de los ricos y poderosos que, en consecuencia, trajeron consigo la semilla de la prosperidad y el crecimiento.

Por supuesto a renglón seguido critica la "tristemente famosa carga del hombre blanco, el derecho y la obligación de los europeos y los blancos descendientes de europeos de gobernar las vidas de otras personas en todo el mundo, cosa que hicieron sin complejos y con una mezcla contradictoria de ingenuidad, compasión y brutalidad".

¿Ingenuidad? ¿Compasión?... ¡Brutalidad!

Ya en el capítulo tercero, que lleva por título la pregunta de por qué algunos países no consiguen prosperar, reconoce ocho "categorías principales" de problemas: la trampa de la pobreza –por la cual esta actúa potenciándose a sí misma-, la geografía de los países, la trampa fiscal –falta de medios del Estado para realizar las inversiones necesarias sumada a la imposibilidad de recaudarlos de su población ya empobrecida-, fallos en la acción de gobierno, barreras culturales, geopolítica –menciona aquí las barreras al comercio-, la ausencia de innovación y la trampa demográfica –los países más pobres tienen mayores tasas de reproducción-.

Se trata en su mayor parte de causas de origen natural o de las consecuencias de repetir estructuras que se asientan en la pobreza que les sirve de punto de partida. Casi no hay referencias hasta aquí al sistema internacional, salvo por alguna mención al endeudamiento externo de los países pobres y por alusiones a las trabas al comercio internacional que se pierden en medio de una maraña de asuntos extraños.

Esto cambia en el capítulo cuarto donde traza un paralelismo entre el diagnóstico médico de una enfermedad y el económico de la pobreza de los países.

"El mundo rico domina la formación de doctores en economía, y quienes han cursado programas de doctorado en el mundo rico dominan las instituciones internacionales, como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial, que tienen el papel principal en la tarea de aconsejar a los países pobres acerca del modo de salir de la pobreza. Esos economistas son brillantes y están motivados. Lo sé. He formado a muchos de ellos. Pero ¿piensan correctamente las instituciones donde trabajan acerca de los problemas de los países en los que actúan? La respuesta es que no".

Más allá de la disociación entre los brillantes economistas que integran el FMI y el BM y lo que “piensan” las instituciones que ellos integran (¿piensan las instituciones o es que alguien piensa por ellas?) este párrafo inicia el ataque del autor contra las Instituciones Financieras Internacionales (IFIs). A partir de ahora podrá verse claramente su lado opositor al sistema pero, paralelamente, desde este punto el libro se vuelve un tratado de marketing personal de Sachs en el que, a través de narrar sus experiencias en Bolivia, Polonia o Rusia, nos ilumina mostrándonos sus logros y los desaciertos de los Estados que no quisieron escuchar sus consejos.

No faltarán referencias a planes de emergencia desarrollados en una sola noche, a su llegada a los más altos ejecutivos de las IFIs, a los aplausos que le brindaban miembros del gobierno de los Estados Unidos cuando sus ideas demostraban ser exitosas, a su lucha sin cuartel contra el SIDA.

Pero el lector que no se pierda entre tantas razones para admirar a Sachs, podrá ver el paralelismo que se va dibujando entre los éxitos obtenidos por este economista y el apoyo dado por Estados Unidos a los países en los cuales desarrollaba su tarea como asesor: apoyo y envío de fondos se transformaron en éxitos (Bolivia, a quien se condonó parte de su deuda y cuyo presente es más que complicado; Polonia, país al cual se otorgó dinero en las cantidades y las condiciones que requería la situación) mientras que la carencia de los mismos devino en fracasos (tal el caso de Rusia).

La segunda mitad del libro no ofrece mayores sorpresas: la transformación del mundo posterior al 11-S, la opción del gobierno de Bush por la industria militar en lugar de actuar sobre las causas que dan sustento al terrorismo, la desinversión mundial en materia de ayuda al desarrollo, los compromisos sistemáticamente incumplidos por el mundo rico de contribuir a enfrentar la pobreza, el valor de los Objetivos de Desarrollo del Milenio y la conveniencia económica de lograrlos... el catálogo del buen opositor que no sabe a ciencia cierta qué vuelo lo deja mejor: si el que va a Davos o el que va a Porto Alegre aunque, sin dudas, sería feliz de abordar los dos.

Javier Surasky¹

¹ Profesor Adjunto de Derecho Internacional Público de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, U.N.L.P., coordinador del Centro de Objetivos de Desarrollo del Milenio, I.R.I.